Solemnidad. La Natividad de San Juan Bautista (24 de junio)

La llena de gracia

"El ángel saludó a María: Alégrate llena de gracia. El Señor está contigo. No temas porque has hallado gracia delante de Dios". San Lucas, cap.1.

¿Quién a los dieciocho años no ha soñado con una mujer ideal? ¿Aquella que será luego la amiga, la novia, la esposa, la madre de sus hijos? ¿Qué mujer no ha luchado por acercarse, en alguna forma, a ese ideal? Un ideal que cambia con la época, pero que mantiene unos valores inmutables. Mujer que es complemento, intuición, ternura, compañía, calor de hogar.

En la historia de nuestra fe, aparece la madre de Jesús. Los evangelistas la mencionan discretamente y siempre en estrecha relación con su hijo. Luego la Iglesia nos la presenta como la mujer ideal, la llena de gracia.

A mediados del siglo pasado el Papa Pío IX ratificó la tradición de muchos siglos, declarando solemnemente que María fue concebida sin pecado original.

Llena de gracia la saluda el ángel en Nazaret. La devoción popular la llama: Inmaculada, la Pura y Limpia, Nuestra Señora de la luz.

Lo primero que en Ella aparece es la capacidad de acogida. Acoge al Angel, con él el mensaje y el deseo de Dios.

Ella va donde la necesitan. Está disponible. Acude a acompañar a su prima Isabel.

Sabe desaparecer oportunamente. Nunca le hace sombra a su Hijo. Adivina e intuye las necesidades ajenas, como en las bodas de Caná. Y le sugiere a su hijo el remediarlas.

Pregunta, no reprocha: "¿No sabías que tu Padre y yo te buscábamos?".

Acompaña: Belén, Egipto, las rutas de Palestina, el Camino del Calvario, la Cruz, la Iglesia naciente.

No podemos sacar a Nuestra Señora de la situación real que vivió en Palestina: una familia pobre, un pueblo humilde, unos vecinos que ni saben ni entienden, unas circunstancias adversas. Un rudo contraste entre un ideal divino y unos recursos humanos.

Estas circunstancias la acercan a nosotros. La hacen participante de nuestra vida: Mujer, acogida, compañía, presencia, intercesión, en una palabra: Madre!

Apelando a lo más personal, a lo más íntimo, dejemos de lado las frases hechas, los moldes gastados y encontrémosla disponible, siempre en el centro de nuestra vida.

Día de todos los Santos

Ciertas vidas de santos
"Viendo Jesús la muchedumbre, subió a un monte, se sentó y les decía: Bienaventurados los pobres, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón..."San Mateo, cap.5.

Todos hemos leído ciertas vidas de Santos que en vez de enaltecer al biografado, lo desfiguran. Nos lo presentan disminuidos, extravagante, completamente distinto a los demás y con frecuencia inverosímil.

En cambio, nos entusiasman las vidas de los santos que aún van en camino tratando de vivir las Bienaventuranzas, cada uno dentro de sus limitaciones y de sus propias circunstancias.

Podrían escribirse entonces historias muy reales, colmadas de peripecias y aún llenas de humor, comenzando según se usa, por describir una casa paterna parecida a la nuestra.

En un segundo capítulo se contarían los defectos del santo: tenía muy mala letra y carecía de oído musical. Desde pequeño se vio afectado por miopía y no era de muy buen genio. Demostraba memoria para las ofensas ajenas y una notoria ineptitud para las finanzas. Por otra parte algunos períodos de su vida fueron bastante borrascosos.

Se añadirían sus vacilaciones, las deficiencias síquicas de su personalidad, los condicionamientos que le imprimieron la época, el lugar de nacimiento, la clase social y cada uno de los cargo desempeñados. A renglón seguido se contarían sus triunfos, las épocas luminosas de su vida, la forma admirable como orientó su carácter y modeló sus cualidades. Su fe en Dios, amenazada muchas veces por la desconfianza. Su fidelidad, quizás no inquebrantable pero sí perseverante. En fin, la obra maravillosa de un Dios artesano, orfebre y paisajista que nos modela, nos pule y embellece con su fuerza sobrenatural. Esta se apoya sobre todo lo natural que poseemos y nos proyecta a una dimensión más excelente.

Como resultado, admiraríamos a un santo de carne y hueso, pariente cercano nuestro, vecino de nuestra parroquia y por lo tanto capaz de motivarnos y por alentarnos. Sería

la historia de alguien que buscó ser feliz y lo logró por los métodos paradójicos pero eficaces que predicó Jesús en la Montaña.

Convendría tener también en cuenta aquellas pequeñas historias de santidad que no alcanzan a un volumen; ni siquiera a un opúsculo. Tal vez llenen a medias una página. Las que narran nuestros elementales esfuerzos por perseguir al Señor: la plegaria de un niño, un deseo sincero de cambiar de conducta, aquel mirar a Dios desde nuestra conciencia atormentada, el rechazo esporádico de alguna tentación, una acción generosa sin que nadie se entere.

Todo esto podría configurar una microcolección de santidad, la cual tendría la ventaja de incluirnos a muchos de nosotros que apenas hemos empezado a convertirnos. Además nos presentaría unidos, en grupo, como un pueblo que busca a su Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y